

La devaluación y sus consecuencias

Durante los últimos tiempos los trabajadores españoles hemos estado manifestando signos de inquietud. Y no sin razón. Dejando aparte el eterno problema de la existencia de unas estructuras que pretenden mantenernos en una perpetua minoría de edad, han surgido -- o, mejor dicho, se han planteado con mayor agudeza-- cuestiones vitales tan graves como la del poder adquisitivo del salario, erosionado por una constante elevación de precios, y la cada vez más patente intensificación del paro.

A estas preocupaciones se une la de las consecuencias que puede tener en el mundo obrero la reciente devaluación de la peseta. Las últimas disposiciones del gobierno no sólo alejan los justos aumentos de salarios que los trabajadores esperábamos para contrarrestar la subida del coste de la vida (la más alta de los países de Europa Occidental), sino que incluso abren el camino para una mayor facilidad de despidos por parte de las empresas, con lo que habremos perdido terreno en dos sectores fundamentales: el del nivel de vida y el de la seguridad del empleo .

No faltan seguridades en verdad por parte de los gobernantes. No subirán los precios. Habrá dificultades, pero los sacrificios se repartirán equitativamente. No hay motivo de alarma. Ahora bien; aunque suciese cierto que en la presente situación no hay motivo de alarma, es evidente que en la anterior situación, es decir aquella en que se han gastado las premisas de esta crisis financiera, sí había motivo de alarma, ya que el desastre ha sucedido. ¿Por qué no se dio, pues, la voz de alerta? Hace muy poco tiempo, en setiembre pasado, en unas declaraciones hechas en Valladolid, el Ministro de Comercio, Sr. García Monco, decía textualmente: "Carecen totalmente de fundamento los rumores de una devaluación de la peseta. Puedo asegurar que el Gobierno no ha pensado en ello. La devaluación no serviría para resolver nuestros problemas e iría en contra de nuestros compromisos exteriores. Este rumor sólo ha podido nacer en la mente de los que quieren poner el afán de lucro por encima del bien común". ¿Cómo es posible que en tan poco tiempo haya podido cambiar de pensamiento una de las máximas autoridades de la economía española? ¿Por qué vamos a creer las declaraciones de ahora más que las de septiembre? ¿Cómo no vamos a dudar cuando la propia Organización Sindical, en una "enérgica" declaración pide que no se eleven más del 2,5 por ciento unos precios que el gobierno acaba de considerar congelados al nivel actual? Incluso una elevación del 2,5 por ciento resultaría catastrófica para las rentas modestas congeladas.

Es cierto que entre ambas declaraciones del ministro se ha producido un hecho de importancia capital: la devaluación de la libra esterlina, seguida a pocas horas de una operación semejante con la peseta. Al explicar al pueblo las causas de nuestra acción devaluatoria, el gobierno ha indicado la existencia de una influencia externa --las medidas inglesas-- y otra interna, las tensiones de la economía española, pero dando a entender que la razón primordial era la primera; de acuerdo con esta tesis, si no hubiese habido devaluación inglesa no habría habido devaluación en España: el primer anuncio oficial de la devaluación de la peseta ni siquiera mencionaba las posibles causas internas de la medida.

Ahora bien, todo parece indicar que la causa primordial de nuestra devaluación ha sido la fuerte deteriorización de la economía a lo largo de los últimos años y que aun sin una devaluación inglesa, la paridad de la peseta respecto al dólar hubiera tenido que ser reducida. A la luz de esta verdad no puede ocultarse lo que está en el ánimo de todos: que la devaluación de la libra ha sido el pretexto y no la causa primordial de la reducción del valor de la peseta. Nos duele que esta crítica situación económica y financiera de nuestra patria no haya sido debidamente expuesta al pueblo en los últimos tiempos, cuando, muy al contrario, se le intoxicaba con rosadas descripciones de nuestra prosperidad sin igual, descripciones que ahora se hace patente que no correspondían a la realidad.